

CRISTINA ALGER

DINERO SUCIO

Un *thriller* financiero de alto voltaje



«De primera clase, sofisticado... Te palpará el corazón.» *THE NEW YORK TIMES BOOK REVIEW*

mī

CRISTINA ALGER

DINERO SUCIO

Traducción de Isabella Monello e Inés Giménez

mr ediciones martínez roca

Título original: *The Banker's Wife*

© Cristina Alger, 2018

© por la traducción, Isabella Monello e Inés Giménez (Traducciones Imposibles, S. L.), 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: julio de 2019

ISBN: 978-84-270-4620-7

Depósito legal: B. 12.548-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Marina

Marina permanecía de pie en la terraza de su suite en el hotel Le Meurice, observando las brillantes luces de París. Las vistas eran impresionantes, sobre todo por la noche. Al oeste se alzaban la torre Eiffel y la gran noria, iluminadas bajo el cielo nocturno de la ciudad. Los jardines de las Tullerías resplandecían frente a la rue de Rivoli, como si la luz manase de su propio interior. A Marina se le pasó por la cabeza despertar a Grant, su prometido, para que pudiese disfrutar de las vistas con ella. Pero ya tendrían tiempo para eso. Su viaje acababa de empezar. En cambio, se sentó en una silla, frente a la mesa. Encendió un cigarrillo y se tragó el humo. Era genial no tener que trabajar, ni tener actos a los que asistir, ni correos electrónicos que suplicaban que los respondiese. Podía leer un libro, o hacerse las uñas. O no hacer nada de nada. La noche era toda suya. Allí, en París, todo acababa de empezar.

En ese instante sonó su móvil y el ruido la sobresaltó. Al ver quién la llamaba, sintió una punzada de irritación.

—Duncan —respondió en un tono seco—. Aquí son más de las doce de la noche.

—¿Estabas durmiendo?

—No.

—Por supuesto que no. Todavía sigues el horario de Nueva York. Además, tú nunca duermes.

—Pero eso no significa que puedas llamarme durante las primeras vacaciones que me tomo en casi diez años.

—Necesito que me hagas un favor.

Marina se encogió. Justo por eso Grant quería que dejase la revista *Press*. En los casi diez años que llevaba trabajando para Duncan, jamás se había tomado unas vacaciones. Trabajaba gran parte de los fines de semana y en incontables días festivos. De noche, respondía las llamadas a todas horas. Había empezado a trabajar en la revista como la ayudante de Duncan. Pero, tras nueve años y medio, y a pesar de que su cargo como responsable aparecía en la mancheta de la revista, a veces Duncan seguía tratándola como si fuese su ayudante. Llevaba veinticuatro horas de viaje y ya le estaba encargando cosas. Era increíble, la verdad, pero no del todo sorprendente.

Marina tenía pensado dimitir. Le había prometido a Grant que dejaría la revista justo después de la boda. Los rumores que circulaban acerca de que James Ellis, el padre de Grant, iba a presentarse como candidato a presidente eran ciertos. Era cuestión de semanas que diesen rienda suelta a la campaña. Ellis ya había reunido a un equipo de consejeros y publicistas. Los necesitaría. Un impetuoso multimillonario de Nueva York no era precisamente el candidato del pueblo, pero en cuanto los asesores políticos hubiesen hecho su magia, James Ellis se transformaría en una historia de éxito labrado con mucho esfuerzo, un negociador profesional, una nueva alternativa al supuesto candidato propuesto por los

demócratas (y un miembro consumado del partido), el senador Hayden Murphy. Bueno, al menos, ése era el plan. Murphy, a quien durante años habían perseguido los rumores de corrupción y enchufismo, era un candidato temible, pero no era perfecto. Ellis lo sabía; contaba con ello.

En su interior, Marina dudaba de que su futuro suegro fuese el hombre adecuado para ser el líder del mundo libre. Lo había visto perder los estribos con personas amables que habían cometido el más mínimo de los errores, por ejemplo, con una nueva ama de llaves que se había equivocado al comprar el agua embotellada para su casa de Southampton, o con un conductor que se había pasado la salida del aeropuerto de Teterboro. Además, Marina sabía que Grant ejercería una influencia tranquilizadora en su padre. Grant dimitiría de su puesto en un banco de inversiones y se encargaría del negocio familiar mientras su padre estuviera de campaña electoral. En su nuevo puesto como director general de Ellis Enterprises, Grant tendría que viajar muy a menudo, y daría por hecho que Marina lo acompañaría. Había cosas que una tenía que hacer como la esposa del primer ejecutivo de una multinacional. Por no hablar de ser la esposa del hijo del presidente, si se daba el caso. No podría trabajar y ser la esposa de Grant Ellis. Al menos, no al mismo tiempo. No importaba qué fuese más importante para ella. Tenía que dimitir. Era parte del trato y, en cierta medida, Marina siempre había sido consciente de ello.

Por un momento se le pasó por la cabeza dejarlo justo en ese instante, por teléfono. Sin duda tenía motivos para hacerlo. Los empleados abandonaban la revista *Press* continuamente. Duncan era famoso por ser un redactor jefe complicado, y pagaba a sus trabajadores por debajo de la irrisoria media

del sector. Pero a Marina no le parecía bien. Después de todo lo que Duncan había hecho por ella —y después de todo lo que habían hecho juntos—, quería dimitir como era debido: en persona, en un momento en el que no sólo fuese conveniente para ella, sino también para la revista.

—Eres increíble —dijo Marina. Apagó el cigarrillo y entró en la habitación para buscar un lápiz—. ¿No se supone que te has tomado un tiempo sabático?

Duncan no le respondió. Todo el asunto de su período sabático era un tema delicado. No se lo había tomado de forma voluntaria, sino que, más bien, había sido una orden de Philip Brancusi, el presidente ejecutivo de la sociedad matriz de *Press*, quien había insistido en que Duncan emplease esas seis semanas para desintoxicarse de una vez por todas. Su alcoholismo se había convertido en un problema, y todo el mundo en la industria editorial lo sabía. Todo el mundo menos el propio Duncan.

—¿Vas a apuntar lo que te voy a decir? —preguntó él.

—Pues claro.

—Necesito que te reúnas con alguien. Viene de Luxemburgo. No sé cuánto tiempo libre tendrá, así que deberás adaptarte. Ese hombre te entregará una memoria USB para que me la traigas. Ten mucho cuidado con ella. Y no se lo cuentes a nadie.

—¿Y qué voy a decirle a Grant? ¿Que tengo una cita con un misterioso europeo?

—¿Quién es Grant?

—Qué gracioso eres.

—Dile que te vas a correr por ahí. O que tienes que encontrarte con una vieja amiga. Es mayorcito. Será capaz de sobrevivir cuarenta y cinco minutos sin ti.

Duncan parecía enfadado, y eso molestó a Marina. Apretó el lápiz con fuerza y rompió la punta de grafito.

—Joder... —susurró, y estiró la mano para coger un bolígrafo.

—A ver, sé que te sientes frustrada —dijo Duncan—. Sé que lo que te estoy pidiendo es un fastidio, pero es importante, Marina. Es material muy confidencial. Mi fuente no confía en los correos electrónicos, ni siquiera en los encriptados. Quiere entregar la información en mano. Yo mismo iba a viajar a Ginebra para recoger la memoria USB, pero creo que me están siguiendo.

—¿Quién te está siguiendo? —preguntó ella, y contuvo las ganas de poner los ojos en blanco.

—Le he dicho que eres la única persona en la que confío —respondió Duncan, haciendo caso omiso de su pregunta.

—Deja de dorarme la píldora. Me imagino que no puedo saber de qué va todo esto, ¿no?

Él guardó silencio. De fondo, Marina podía oír lo que parecía el sonido de una máquina quitanieves. Se preguntó si Duncan se había marchado de la ciudad, si se había refugiado en su casa de fin de semana, donde pasaba cada vez más tiempo. A ella le preocupaba que pasase tanto tiempo allí. Bebía demasiado y casi no socializaba, se volvía más histriónico y paranoico. Y, cuando eso sucedía, era habitual que la llamase por teléfono.

—Hablares cuando vuelvas —dijo él—. Pero, Marina..., se acabó. Después de todos estos años, creo que por fin lo hemos encontrado.

Ella dejó de escribir.

—¿A quién?

—A Morty Reiss.

—¿Vivo?

—Vivito y coleando.

Marina vaciló mientras asimilaba la gravedad de lo que Duncan le estaba diciendo. Habían pasado ocho años desde el suicidio de Morty Reiss. Faltaba poco para el aniversario. O, mejor dicho, habían pasado ocho años desde que encontraron el coche de Morty Reiss en el puente Tappan Zee, con una nota de suicidio pegada al parabrisas. Días después del supuesto suicidio, se descubrió que RCM, el fondo de inversión libre de Morty, era uno de los mayores esquemas Ponzi de la historia. Reiss se había dado cuenta de que su estafa tenía los días contados y había saltado por el puente, o eso decían. Sin embargo, nunca encontraron el cadáver. Al principio, Marina y Duncan albergaban las mismas sospechas que tantos otros: que Reiss había fingido su propia muerte y había desaparecido con las ganancias que había obtenido de forma ilícita, rumbo a cualquier país soleado sin tratado de extradición. De todas las personas sobre las que Marina había escrito artículos como periodista en la revista *Press*, quizá Reiss era el estafador más listo y despiadado con el que se había cruzado. Y eso era mucho decir, dado que escribía sobre personalidades de la sociedad de Nueva York (magnates de Wall Street, de la construcción, diseñadores de moda, publicistas...). Si alguien era lo bastante listo como para escapar con su dinero, ése era Reiss.

Reiss era brillante, de lo mejorcito, pero al final todos los esquemas Ponzi tenían que acabarse por fuerza, y ese detalle era lo único que siempre había inquietado a Marina de toda la historia de RCM. Uso de información privilegiada, malversación de fondos..., cualquiera podía salir impune de esa clase de delitos si era lo bastante inteligente. Era tan sencillo

como robar el dinero y partir al atardecer. Pero para un esquema Ponzi se necesitaba una interminable fuente de inversores. Sin inversores nuevos, todo el esquema se venía abajo, como un castillo de naipes. Así pues, ¿por qué Reiss había optado por un delito sin final? A Marina le parecía que el hombre era demasiado listo para algo así. A no ser, claro estaba, que durante todo ese tiempo ya hubiese planeado fingir su propia muerte.

En ese caso, tenía que reconocerle el mérito: era muy posible que Reiss fuese el criminal financiero más astuto de la historia.

Sin embargo, con el paso de los años, y sin noticias o pistas de su paradero, el escepticismo de Marina fue disminuyendo poco a poco hasta convertirse en aceptación. ¿De verdad era posible que un hombre como Reiss, cuyo rostro había aparecido continuamente durante meses en las pantallas de televisión de todo el mundo, pudiese desaparecer? En su opinión, no. Le resultaba demasiado inverosímil, fantástico incluso. Parecía más el argumento de una película de Hollywood que una historia real que salía en las noticias. Reiss era listo, pero no dejaba de ser humano. Quizá la codicia o la soberbia habían sido más fuertes que él.

Mientras el interés de Marina por la historia de Morty Reiss disminuía, el de Duncan Sander medraba hasta convertirse en una obsesión con todas las letras. Después de que ambos escribiesen codo con codo el artículo original en el que descubrían la estafa de RCM, Duncan siguió escribiendo varios artículos más en los que hablaba de Reiss y de su cómplice, Carter Darling. Sus teorías sobre el paradero de Reiss pasaron a ser disparatadas y carecían de datos que las corroborasen, y Marina temió que la obsesión de Duncan hubiese dañado de

forma irremediable la reputación del redactor como periodista de rigor. Hacía apenas seis meses, casi le había costado su carrera. En un programa de entrevistas matutino, Duncan había afirmado que Reiss tenía cientos de millones de dólares en una cuenta del Banco Internacional del Caribe, en las islas Caimán. Duncan dijo que las autoridades de Estados Unidos habían hecho la vista gorda porque un círculo de políticos destacados, quienes también tenían millones guardados en cuentas bancarias numeradas, protegía el banco. La entrevista provocó un gran revuelo, no sólo por las palabras de Duncan, sino también por sus formas. A los espectadores no les pasó por alto cómo farfullaba al hablar y el aspecto descuidado y sudoroso del periodista. Al poco tiempo se comentaba que Duncan Sander iba camino de una debacle pública. El Banco Internacional del Caribe amenazó no sólo con demandarlo a él, sino también a la revista *Press* y a su sociedad matriz, Merchant Publications. Presionado por Brancusi, Duncan se apresuró a retractarse públicamente. Después hizo ver que entraba en un centro de desintoxicación al norte de Connecticut, donde pasó varias semanas curándose de su alcoholismo y alimentando su ego. Hasta donde Marina sabía, la rehabilitación no había ayudado a Duncan con su problema con el alcohol. Pero sí que lo ayudó a conseguir una segunda oportunidad en *Press*, y regresó al trabajo un mes más tarde.

Ahora era la segunda vez que Duncan intentaba desintoxicarse, y Marina sabía que era la última oportunidad que le brindaba Brancusi. El ejecutivo le había dado un ultimátum: o se curaba y dejaba de beber para siempre y volvía listo para ponerse a trabajar, o podía despedirse de su revista. Duncan no podía permitirse otro traspié. Otro error de cálculo, y Brancusi pediría su cabeza.

—Duncan, ¿tienes pruebas de todo esto? Las necesitarás. No podemos permitirnos otro... —Marina se detuvo en seco, pues no quería acabar la frase. A Duncan no le gustaba que le recordasen el tema de la entrevista, o su problema con el alcohol, o ningún error que hubiese podido cometer en su vida, la verdad. Nunca habían tratado el tema, al menos no de forma directa.

—Esta vez las tengo. Reiss tiene más de setenta millones en Swiss United.

Marina apuntó las palabras «Swiss United» y las subrayó.

—Swiss United. Así que no los guarda en el Banco Internacional del Caribe —dijo, intentando no utilizar un tono escéptico.

—No, ése es el tema. Los tenía en ese banco, yo tenía razón. Pero los trasladó. Poco antes de que me hiciesen esa entrevista.

—Y tienes pruebas. ¿Registros de cuentas o algo así?

—Mi fuente, sí. Marina, es la historia de nuestra carrera profesional.

Ella se sobresaltó al notar que una mano le tocaba el hombro. Grant estaba de pie a su espalda, y parecía avergonzado.

—Hola —susurró—. No quería asustarte.

—Tengo que dejarte —dijo ella dirigiéndose a Duncan—. Ya hablaremos.

—¿Está Grant contigo?

—Sí.

—Vale. Te llamaré mañana, cuando sepa los detalles de la entrega.

—Muy bien. Buenas noches, Duncan.

—Perdona —dijo Grant, y le dio un beso en la cabeza

mientras ella dejaba el móvil sobre la mesa—. Te he oído hablar y esperaba que estuvieses pidiendo algo al servicio de habitaciones. Estoy famélico.

Marina se echó a reír.

—Pues no, pero puedo llamarlos. ¿Qué te apetece?

—Voy a mirar qué tienen. —Grant se estiró por delante de ella para coger el menú del hotel—. ¿Con quién estabas hablando?

—Con Duncan.

—¿Y qué quería?

—Está trabajando en una historia y quería que lo ayudase.

—Espero que le hayas dicho que no —repuso Grant, levantando la vista del menú.

—Pues claro.

—¿No se supone que está en rehabilitación?

—De período sabático.

—Ya, lo que sea. No es para nada apropiado que te llame en mitad de la noche cuando estás de vacaciones.

—Creo que sólo estaba emocionado por la historia, nada más.

—No sabe lo que son los límites, Marina —contestó Grant negando con la cabeza.

Ella suspiró.

—Ya lo sé. Mira, a mí también me frustra, pero tienes que comprenderlo: Duncan es la razón por la que soy periodista. Cuando empecé en *Press*, quería trabajar en una revista de moda porque pensaba que sonaba muy bien, en serio. Pensaba que podría ir a fiestas geniales, que podría probarme ropa de alta costura y conocer a gente interesante. Pero Duncan vio algo más en mí. Y esperaba más de mí. Cuando

trabajamos en esa historia de los Darling, me trató como si fuese su colega y no su ayudante de veintidós años. Me dejó participar y aportar cosas y, cuando terminamos, me eligió para que escribiese los artículos con él. Así que, sí, vale, a veces me vuelve loca. Muchas veces. Pero le debo mi carrera profesional.

Grant estiró la mano hasta alcanzar la de ella; la pareja entrelazó los dedos y se sonrieron.

—Lo siento —dijo—. Es que soy un poco protector contigo.

—Y creo que eres un encanto.

Grant enarcó una ceja.

—¿Y sexy?

—Muy sexy.

—¿Te lo seguiré pareciendo si pido que me suban una hamburguesa con queso y doble de beicon con patatas fritas?

—Supersexy.

—Supongo que al menos tenemos treinta minutos antes de que lo traigan. ¿Vienes a la cama mientras espero que llegue mi tentempié nocturno?

—Pídeme unas patatas para mí también, ¿vale? No tengo hermanos. No se me da muy bien lo de compartir.

—A mí tampoco, así que quiero que me prometas una cosa.

—Lo que desees.

Marina le rodeó el cuello con los brazos y le sonrió.

—Prométeme que no tendré que compartirte en este viaje. Sólo tenemos un par de días. Quiero que los dos desconectemos y disfrutemos el uno del otro.

Ella asintió.

—Ajá —dijo, y levantó la cabeza en busca de un beso. Notó las manos de Grant en el trasero y, de repente, se encontró en el aire, con las piernas enroscadas alrededor de la cintura de su futuro marido—. Te lo prometo —susurró mientras él la llevaba hasta la cama.